

Exposición

Hugo González Valdepeña

Llevaba más de un año buscando un departamento para comprar. Había recorrido con escasos resultados casi todas las colonias donde me hubiera gustado vecindarme. Lo más cerca que estuve del departamento ideal fue en el edificio San Martín, frente al Parque México, en la Hipódromo Condesa. Era una construcción *art déco* intestada durante decenios, hasta que un vivo se hizo de ella, la remodeló espléndidamente y puso en subasta los doce departamentos. El que me gustó tenía una terraza con piso de granito blanco. Daba al parque y costaba una fortuna. Hice mis cuentas de mil maneras. Imposible.

Muchos meses después volví a sentir la punzada del interés inmobiliario. Había pasado la mañana del primer domingo de primavera visitando la exposición de Santiago Calatrava montada en el Palacio de Minería. Al cruzar la Plaza Tolsá en dirección al Museo Nacional de Arte, al otro lado de la calle, contemplé como por primera vez el edificio de cuatro plantas y enormes ventanales situado en la orilla poniente. En la ventana central del tercer piso había un pequeño cartel negro con letras rojas: SE VENDE. Pero no podía ser: el inmueble pertenecía al Banco de México. Sobre el pórtico de la entrada se leían sobrepuestas las iniciales BM. Era uno de los edificios que había sido invadido por el crecimiento del banco. La cantera de la planta baja tenía un limpio color rosa y las molduras de madera de las ventanas se veían en buen estado. El ruido de tambores que anunciaban una supuesta danza prehispánica me empujó al vestíbulo del museo.

Un cartel colocado en la entrada del museo explicaba que la planta baja permanecía cerrada al público, y se anunciaba la próxima apertura de la exposición temporal *Germán Gedovius. Una generación entre dos siglos*. Entré de todos modos, atraído por la colección de fotografía del siglo xx. No la encontré donde la señalaba el plano, pero di con la cafetería. Ahí se me fue el tiempo pensando cómo sería vivir en el centro. Al salir, volví a ver el edificio y el letrero. Tal vez tenía un número anotado, pero no alcanzaba a verlo. No puede ser, pensé de nuevo, que esté habitado o en venta. Pero una figura corrió en ese momento las cortinas de la ventana central. La del cartel.

No volví a la plaza hasta dos meses después, un lunes caótico de mayo en que además de una tormenta feroz llegaron al centro de la ciudad miles de camiones mal-trechos y se estacionaron en cualquier lado. Tenía una comida con amigos en Los Girasoles. La cita era a las tres. Llegué casi una hora tarde y fui el primero. Desde uno de los balcones del restaurante —orientados todos a la Plaza Tolsá— traté de ver si el letrero de SE VENDE estaba aún en la ventana del tercer piso. La lluvia lo impidió.

Salimos noche del restaurante. Muy noche. Los meseros que, al principio nos atendían solícitos, empezaron a mostrar señales de impaciencia. Cuando comenzaron a desmontar las mesas vecinas tuvimos la percepción de que era hora de irnos. El capitán ya tenía en las manos el pequeño cartapacio con la cuenta; nos lo entregó con una sonrisa seca. Dejamos buena propina. Al salir, observé un triángulo de luz tenue en la última ventana derecha del tercer piso. Crucé la plaza para acercarme al edificio, pero se encendió una luminaria en el pórtico que llamó la atención del vigilante. Asustado, continué mi marcha por la calle de Xicoténcatl.

El sábado siguiente regresé temprano en la mañana. Entré en la Plaza Tolsá por la calle de Tacuba. Me acerqué a la puerta principal del edificio del Banco de México. Estaba cerrada. No alcancé a encontrar un timbre: un policía joven me preguntó qué se me ofrecía.

—Información del departamento del tercer piso. El que se vende.

—Es otra entrada. A la vuelta —dijo, y señaló vagamente con la mano izquierda.

A la vuelta no había más que pilares de cantera y ventanales. Busqué por el otro lado, hacia Tacuba, pero tampoco había entrada. Regresé con el policía:

—No la encuentro.

—No buscó bien —me regañó—, a la vuelta. —Y volvió a hacer la misma señal, aunque ahora puso la mano con los dedos en ángulo recto.

En efecto. En lo que parecía la colindancia del edificio había un patio largo con macetas llenas de geranios y cerrado con una verja. La empujé. Estaba cerrada. Una voz desfigurada por la tecnología me preguntó:

—¿Qué se le ofrece?

El sobresalto me duró unos segundos.

—¿Qué se le ofrece? —insistió la voz.

Vi entonces la cámara de un videoportero dirigida hacia mí.

—Informes. Del departamento en venta.

Tras un zumbido se abrieron primero la verja y después una puerta de madera de doble hoja. La voz me invitó a subir.

Dudé entre las escaleras y un antiguo elevador de rejillas en el que sólo cabrían dos o tres personas. Me ganó la pereza. El ascensor se detuvo en un amplio vestíbulo de mármol. En la puerta correspondiente al piso me esperaba una enfermera de sonrisa cálida. No traía cofia pero el resto de su uniforme estaba impecable. Se presentó como Rosario Soto. Me pidió por favor que la siguiera. Al final de un pasillo largo —como los usados en viviendas antiguas para circulación de la servidumbre— había una pequeña biblioteca. Libreros de piso a techo, con volúmenes ordenados cuidadosamente. La enfermera se detuvo ante un sillón de orejas y tras una pausa teatral me presentó a la anciana que lo ocupaba: la señorita Enriqueta del Moral. Sin ponerse de pie, la señorita asintió suavemente con la cabeza y extendió la mano para indicarme que me sentara. No abrió la boca. Durante unos minutos pasó por sus dedos las cuentas de un rosario, moviendo los labios sin generar sonido. Tenía entornados los ojos, alrededor de los cuales confluían miles de arrugas finísimas. Llevaba un vestido azul marino y unos pendientes de perlas que ponderé auténticas. Tenía el pelo blanco recogido en un chongo impecable. Al terminar, se santiguó con el rosario. Giró entonces a verme, interrogante. Sonrió.

—Me interesa el departamento —dije.

—Tiene motivo —y al decirlo lo abarcó con la mirada como para corroborar lo dicho.

—¿Cómo puede estar en venta, si el edificio es del Banco de México?

—Ah, pero no es así —dijo, y soltó una risita seca—, el Banco nunca ocupó este piso. Pero no está en venta ¿de dónde sacó eso?

—Hay un letrero en la ventana. En ésa —señalé.

Pareció sorprendida. Se dirigió con paso vacilante a la ventana. Encontró el letrero. Lo tomó y lo dobló por la mitad.

—No está en venta. Pero es un piso magnífico, venga.

Salimos a la sala y a una vista excepcional. Contra el cielo inusualmente azul se veían las torres de catedral y más allá la cúpula de Santa Teresa la Antigua. El sol daba de lleno en la estatua de Carlos IV. Apenas se escuchaba la barahúnda de la plaza, repleta a esa hora. Luego me guió por un pasillo hacia las habitaciones. La recámara principal, orientada también hacia la plaza, tenía muebles formidables: la cabecera de la cama y las

mesillas de noche eran de nogal claro. Un ropedero de tres cuerpos —de líneas sencillas— y un semanario de cerezo, además de un sillón de madera tapizado en cheviot blanco, completaban el mobiliario. La duela del piso era de madera fina —tal vez ébano— y las esquinas estaban rematadas por columnas de hierro estriadas. Había en el pasillo otras dos puertas, pero las pasamos de largo. Volvimos a la biblioteca, nos sentamos y reiteró:

—No está en venta.

Luego me ofreció algo de beber. Decliné.

Me puse de pie para despedirme. La señorita del Moral pidió a la enfermera que me encaminara hacia la puerta.

—¿Tiene mucho trabajando con ella? —interrogué a Rosario.

Pareció ignorarme, pero ya en la puerta me entregó una tarjeta.

—Comuníquese con esta persona.

En la tarjeta de cartoncillo corriente se anunciaba el licenciado Roberto Bermúdez y un número de teléfono.

Pasó más de un mes para que eso sucediera. Un amigo me ofreció en venta su departamento en Amsterdam y Sonora; su compañía lo cambiaba a Miami. Los espacios eran amplios y un árbol ocultaba un transformador situado justo frente a la ventana de la recámara principal. Firmamos la carta de intención y empezamos los arreglos con el notario. El trámite no avanzó mucho. La compañía donde trabajaba mi amigo entró en crisis por un escándalo financiero y tuvo que cerrar decenas de oficinas en todo el mundo.

Por ese tiempo también vi una casa ruinososa en la calle de Pachuca, entre Saltillo y Agustín Melgar, supuestamente diseñada por Pani; un departamento sorprendentemente bien conservado a media cuadra del metro Cha-





pultepec, y otro que no llegué a visitar, porque desde la entrada se oían gritos de niños.

De vez en cuando alguno de mis amigos me preguntaba si ya había encontrado departamento. Hasta me daba vergüenza reconocer que había abandonado la búsqueda, harta de pasar mis sábados saludando a extraños que me abrían las puertas de sus casas y se ofendían si no mostraba suficiente interés en ellas.

Reactivé la búsqueda porque el banco donde tramité la hipoteca me amenazó con cancelar el préstamo si no cerraba el trato pronto. Me puse a buscar la tarjeta que me entregó la enfermera de la señorita del Moral. Tenía la vaga noción de haberla visto en mi escritorio. Apareció en el pantalón que llevaba cuando la visité, estropeada por agua y jabón. El número seguía legible.

No pude hablar con el licenciado Bermúdez. Luego de escuchar el motivo de mi llamada, su auxiliar me citó en el despacho para la mañana siguiente.

El licenciado Bermúdez ya me esperaba. En su escritorio tenía un solo legajo. Nos presentamos. Le hablé de mi conversación con la señorita del Moral. Me explicó:

—El piso que le interesa está en venta. Digo piso porque como usted sabe, abarca la totalidad de la tercera planta del inmueble.

—Pero ese edificio es del Banco de México.

—No exactamente. Cuando el banco lo compró a particulares, la señorita se negó a vender. La presionaron con pagos de predial exorbitantes, pero se amparó. Catorce años después el asunto terminó. Ahora puede venderse.

—Ella dice que no es así.

— Bueno —titubeó Bermúdez—, hay algunos puntos pendientes. No obstante, le aseguro que puede usted comprarlo sin riesgos legales.

Luego entramos en detalles sobre precio y formas de pago. También hablamos de los honorarios de Bermúdez, que me parecían excesivos. El piso satisfacía mis necesidades y estaba a mi alcance. Requería algunos cambios, claro, pero podría mudarme en un par de meses. Para disimular mi codicia pedí un poco de tiempo.

Invité a un arquitecto amigo mío para que me acompañara a una “visita de inspección”. Quería su opinión sobre el estado general del inmueble y modificaciones que se me habían ocurrido. Repetimos el trámite de la verja y la puerta; esta vez el elevador no funcionó. En la puerta nos esperaba Rosario la enfermera. Me saludó.

—La señorita no quiere ruido —anunció—, pueden ver todo el piso menos su habitación.

Mientras realizábamos la visita, la enfermera se mantuvo a prudente distancia.

—La construcción es impecable —dijo mi amigo al final del recorrido—, durará siglos. Se puso entonces a tomar medidas con un aparatito de láser y a trazar un croquis.

En ese momento la propietaria entró en el salón. Nos dio las buenas tardes y se sentó. Estaba un poco menos arreglada que la primera vez. Parecía desesperanzada.

—No está en venta, ya se lo he dicho. El licenciado ése cree que puede estafarnos a los dos, pero no es así.

Me quedé mudo.

—Este piso es mío. He vivido aquí desde que era niña. El Banco de México inventó que necesitaba el inmueble para sus archivos. En realidad, al entonces director le gustaba el edificio y lo quería para montar sus oficinas y dejar el anexo Guardiola, que es espantoso, y de paso disponer de un lugar en el centro para quedarse a dormir cuando no quisiera ir a su casa. El edificio vale oro. Lo diseñó un discípulo de Boari. La herrería es italiana.

Reclinó la frente sobre la palma de su mano derecha y rompió en sollozos. Me sentí incómodo, como siempre que alguien llora frente a mí. Incómodo también, el arquitecto recogió sus cosas y me indicó con la cabeza que nos fuéramos. Balbuceé un “con permiso” y salimos apresurados. Al bajar las escaleras me recriminó:

—¿Por qué no me dijiste? Eres un cabrón.

—El piso es una joya y está en venta —me defendí.

No sabía qué hacer. Claro que no iba a dejar a esa mujer sin casa. Pero Bermúdez me aseguró que podía comprar el piso sin problemas. Además el dinero serviría para algo.

Despedí a mi amigo en la plaza. Dudé unos momentos. Decidí regresar. La verja aún estaba abierta, y la puerta del departamento permanecía entornada. Entré sin tocar. Un ruido de arrullo llegaba desde la biblioteca. En cuclillas, la enfermera hablaba con suavidad a la señorita del Moral, mientras le acariciaba una mano como para tranquilizarla. Al verme, se puso de pie y llevó a sus labios el índice derecho. Sin hacer ruido se me acercó y con señas me pidió que saliéramos.

—Por favor váyase. Hable con Bermúdez.

—Ya lo hice —le expliqué—, por eso traje al arquitecto. Pero no esperaba esto.

—Hable con él —insistió. Y cerró la puerta.

Interpuse mil obstáculos para no hacerlo. Primero un viaje indispensable a Chicago para evitar perder un boleto que me habían regalado. Luego, muchísimo trabajo. Un aguacero torrencial me impidió llegar a la cita finalmente convenida con Bermúdez, a finales de septiembre.

El arquitecto me llamó para enseñarme el proyecto de remodelación. Lo cité en el restaurante Quebracho, de la colonia Cuauhtémoc. Durante la comida me presentó su propuesta. Era buena, pero por debajo de mis expectativas.

—¿No te gusta?

—Todavía no cierro el trato.

—Pero lo vas a comprar ¿verdad? Porque yo ya tengo programada la obra.

—En eso estoy. Te aviso.

—Pues de volada. Porque tengo otros encargos.

Más tarde, después del trabajo, me di una vuelta por el centro. Era casi media noche. La Plaza Tolsá estaba desierta. Del edificio, sólo el pórtico tenía luz. Pude ver a través de la puerta al vigilante con su uniforme azul marino. El tercer piso estaba a oscuras. Me alejé de ahí.

En el cajón central de mi escritorio encontré la tarjeta ajada de Bermúdez. Ma rqué. No pude hablar con él. Su ayudante me dio una nueva cita, pero me amenazó:

—Por favor no falte. El licenciado Bermúdez tendrá apenas tiempo para atenderlo.

Aunque llegué con diez minutos de anticipación, me recibí con casi media hora de retraso. Bermúdez fue al grano:

—El departamento aún está disponible.

Le conté de mi última visita. Parecía exasperado mientras me escuchaba. De vez en cuando asentía con la cabeza. Hasta que ya no aguantó.

—Entiendo. Pero permítame explicarle —justificó la interrupción—. He llevado desde hace más de veinte años los asuntos legales de la señorita del Moral. No somos amigos ni mucho menos. La he defendido y he cobrado por ello. Como ve usted, es una persona muy mayor. Aunque tiene una constitución de roble, la memoria comienza a fallarle; me han dicho que la perderá poco a poco. Un día se quedará ausente y no volverá más. Entonces no habrá manera de cuidarla.

Hizo una pausa para beber agua. Me miró unos segundos, como esperando una pregunta. Guardé silencio.

—La señorita no tiene familia. Fue hija única. Ahora, mi plan es el siguiente. Hay en San Jerónimo una residencia para ancianos dirigida por monjas angélicas: venden la *suite*, el anciano la habita hasta que muere, luego las monjas recuperan la propiedad y hacen un negocio redondo. Mientras tanto, la atención es de primera. Tienen

médico de planta y una pequeña enfermería con lo necesario para atender casos más graves. Ahí estará segura y bien atendida hasta su muerte. El servicio incluye un nicho en el sótano de la capilla, para las cenizas.

Durante la explicación no mostró emoción alguna. Hablaba de negocios. Antes de despedirme me pidió un enganche del diez por ciento, para apartar la *suite*. Me ofreció un folleto de la residencia administrada por las monjas; lo rechacé.

No había manera de comprobar la historia. Para cerrar el trato sólo necesitaba pagar la cantidad solicitada al número de cuenta que me dio Bermúdez.

Quise hablar con la señorita del Moral en varias ocasiones. Me arrepentí siempre al último minuto. No deseaba soportar otra escena de llanto.

Tenía que decidir. Justifiqué el proyecto de Bermúdez y lo consideré viable. Hasta podía asegurarme que con mi dinero se diera en verdad el anticipo de la *suite*. O que ésta quedara en efecto a nombre de la señorita del Moral. Incluso llegué a sentirme bienhechor de la pobre mujer.

El valuador del banco estuvo a punto de arruinarlo todo. Dictaminó que el edificio era demasiado viejo para ser hipotecado. Además —señaló en su informe—, está clasificado como de valor histórico por el Instituto de Antropología.

Finalmente el banco aprobó la transacción. Acordé con Bermúdez una cita para firma de escrituras el último viernes de octubre.

Otra vez frente a la verja del edificio, la cámara del videoportero se dirigió a mí. La voz deformada por la tecnología me dio acceso al edificio. El elevador, el vestíbulo de mármol, y la enfermera Rosario Soto esperándome en la entrada. Pasamos.

En la sala, frente al ventanal, la señorita del Moral contemplaba la plaza. No hizo movimiento alguno cuando entramos. Rosario le tocó el hombro con suavidad para llamar su atención. Volteó y me miró unos instantes.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó. Y miró interrogante a Rosario.

—Viene a saludarla.

—Pues ofrézcale un café. Siéntese —añadió, dirigiéndose a mí. Me señaló un sillón.

Tuvimos una plática extraña. Hablamos del clima y de la plaza. De lo lleno que estaba el centro. No parecía reconocerme. Pero al final de mi visita, antes de que llegara Rosario para encaminarme a la puerta, me dijo con una sonrisa: “No está en venta”.

¿Estaría fingiendo? Dudé mientras bajaba la escalera.

A la mañana siguiente fui a mi banco y pedí un cheque de caja por la cantidad acordada con Bermúdez. Luego me dirigí a la notaría a iniciar los trámites para la compra del piso de la señorita Enriqueta del Moral. **U**